

EDITORIAL

La extinción como tópico es tan provocativa como espeluznante. Invita y tienta, pero también expulsa y corroe las líneas que se ensayan en los teclados de quienes se alientan o avientan a acercarse a un concepto margen o límite.

La pregunta por la extinción (Sexta Extinción; Extinción de la teoría; muerte del hombre, como especie y como norma) es siempre una pregunta temporal, acerca de tiempos que exceden las mediciones de las acostumbradas escalas humanas. Y así realiza una flexión postnaturalista – incluso, multinaturalista – y se cuestiona por *el clima*, históricamente reificado, momificado, confinado a puro escenario de las *hazañas históricas de la humanidad*.

La cuestión del clima ha abierto las puertas al pensamiento de los hiperobjetos y otras nociones que ponen en cuestión nuestras escalas, o escalabilidad, esa medida de las cosas que, a juicio de Heidegger, Protágoras habría expresado de modo ciertamente intraducible al de los modernos.

¿CÓMO SE PIENSA LO QUE NO SE HABITARÁ?

Una hospitalidad de la visitación al servicio del ocaso del hombre que somos. Una sensación de extrañeza atraviesa nuestras vidas post-pandémicas, ya que pensar la extinción es pensar lo inhumano, así como también considerar un mundo-sin-nosotros y con ello la extinción de la teoría, el límite de nuestras epistemes y la pertinencia de estas, *i.e.*, la posibilidad de seguir haciendo teoría. Pareciera que la advertencia benjaminiana del “Convolutio N” de *Das Passagenwerk* acerca de la importancia de pensar la catástrofe a la hora de reflexionar sobre la historia y el conocimiento comienza a entretejer hilos de una historicidad discontinua y espectral entre el pasado y el presente.

Cielos y tierras se apilan unos sobre otros y nuevos reordenamientos estatigráficos destrozan pautas de vida, esto es, la habitabilidad de lo humano y de tantos otros seres del planeta. Las marcas, las pisadas, los

restos, también son tumba y memoria viva, no necesitan de las palabras para dar testimonio, el frío recorre las tripas mucho antes. Creíamos ser defensores del mundo de los vivos y ya estamos muertos, girando en el vacío de nuestra autofascinación solipsista. Nadie nos extrañará, tampoco asistiremos a un espectáculo digno de ser película. Solo habrá un breve freno, o un suave *fade out*.

Frente a las perspectivas que confían en el redoblamiento de los esfuerzos del *ánthropos* y su imagería tecnológica, pensar la extinción puede ser, también, pensar en la extinción de lo moderno y la apertura hacia el buen vivir, como es el caso de las cosmologías amerindias, así como también lo retoman autorxs provenientes de la etnografía, la antropología y el estudio social de las ciencias, en el ejercicio de la descolonización del pensamiento y la afirmación de la finitud, nuestra y de toda configuración de sentido. Y no olvidarse quizás de lo que Isabelle Stengers advertía en 1993: “de la Tierra, el tema actual de nuestros escenarios, podemos presuponer una sola cosa: no le importan las preguntas que hacemos al respecto. Lo que llamamos catástrofe será, para ella, una contingencia”.

Ciudad de Buenos Aires, primavera 2022.

Gabriela Balcarce